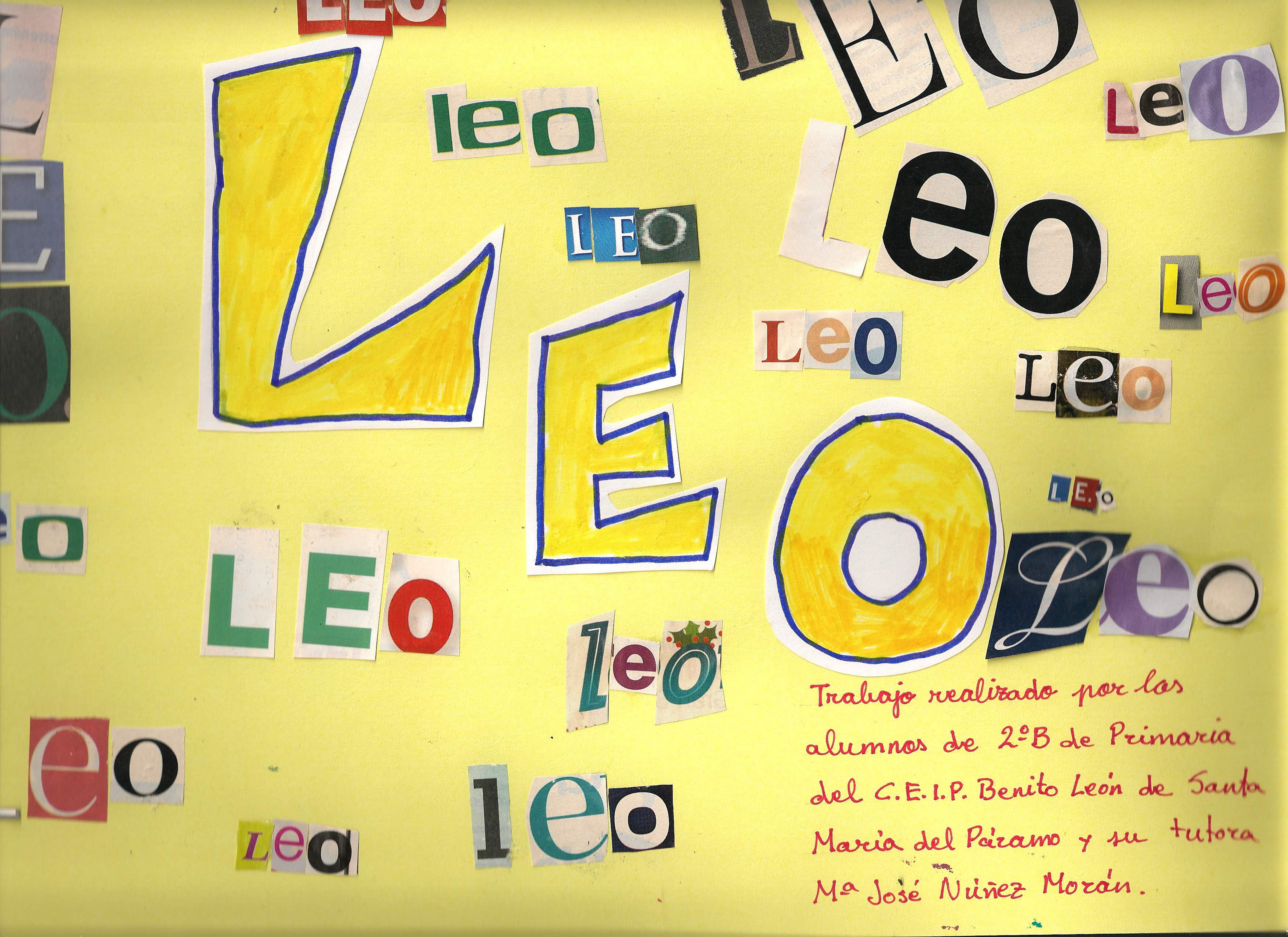




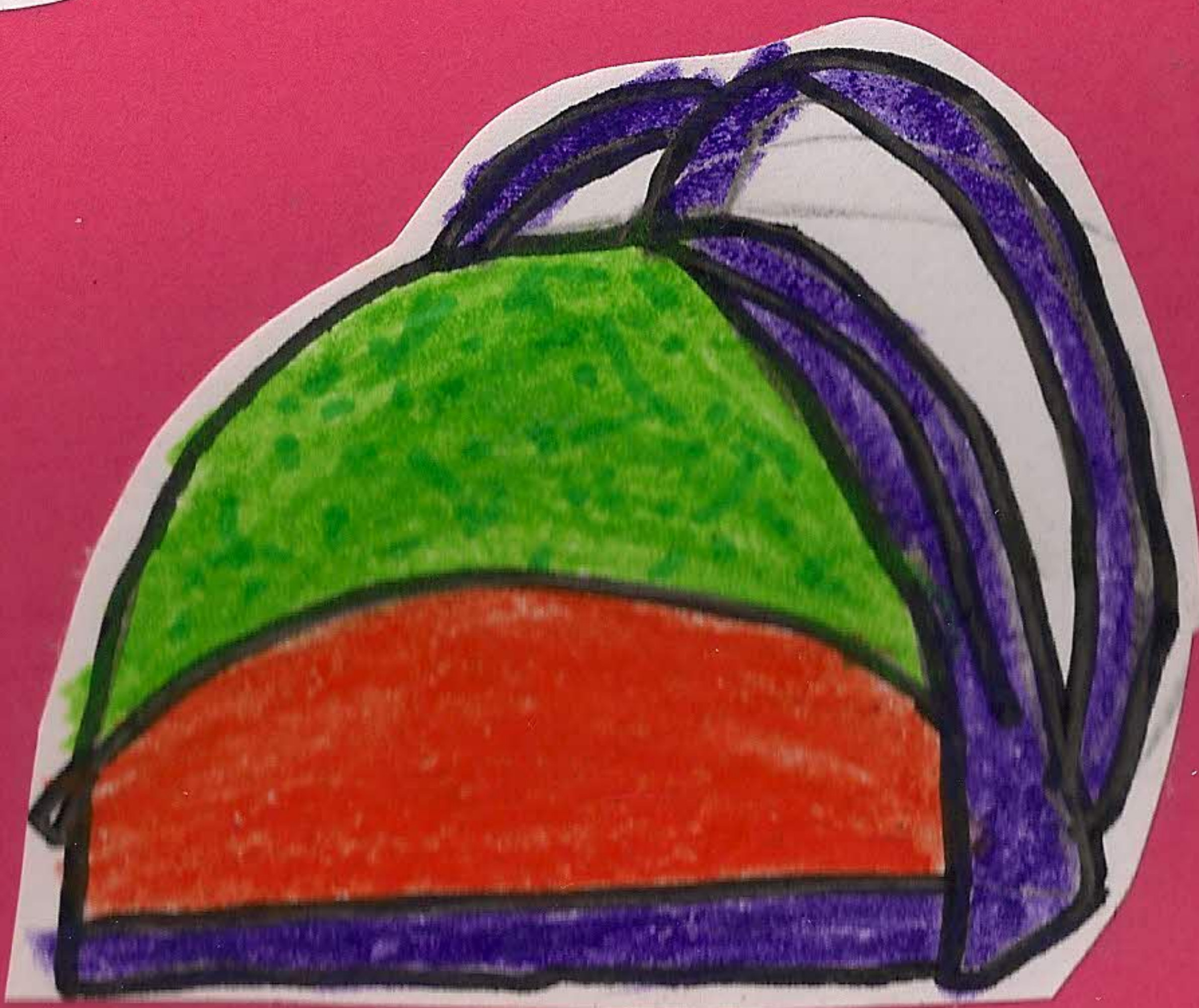
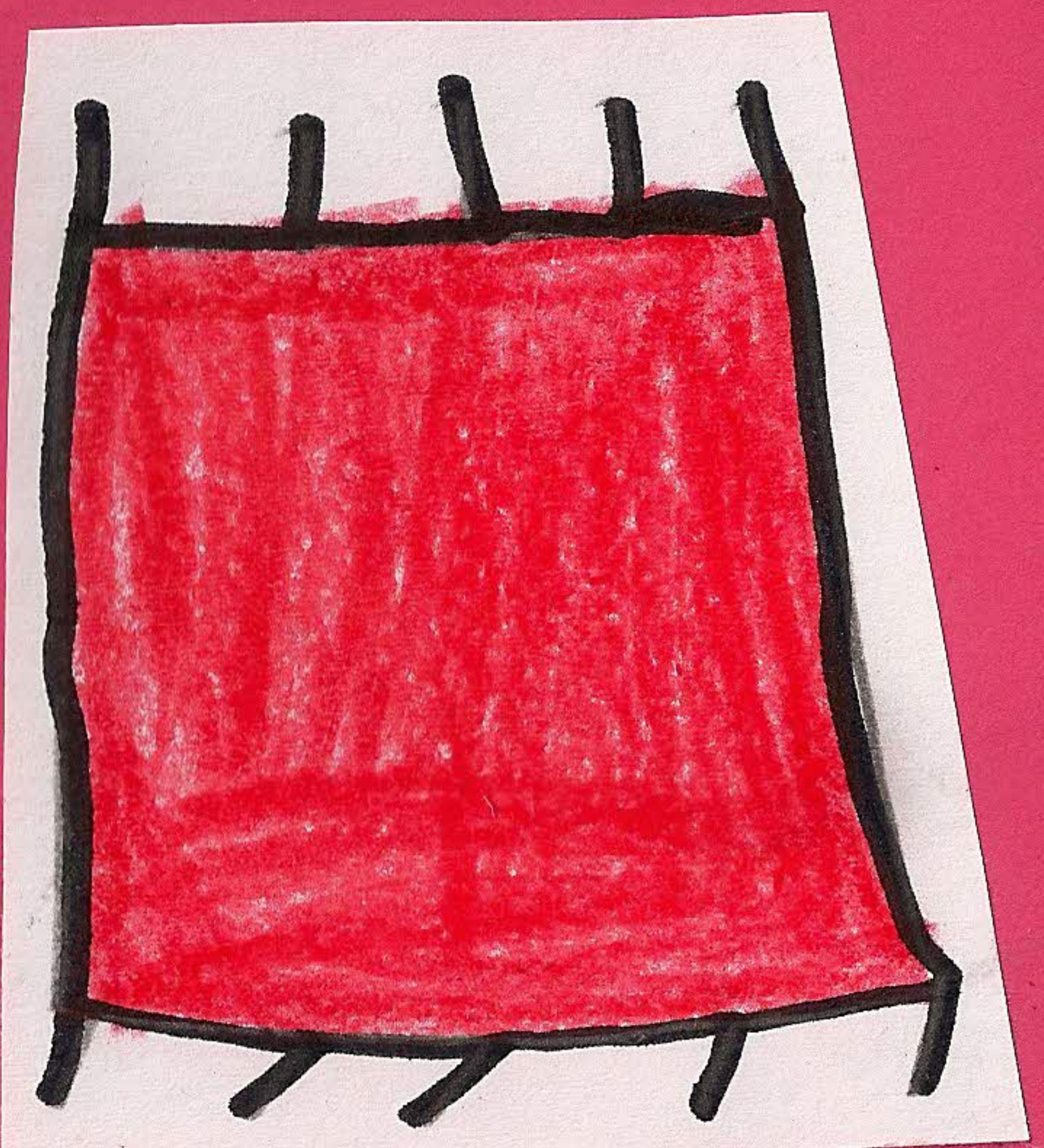
Trabajo realizado por los
alumnos de 2ºB de Primaria
del C.E.I.P. Benito León de Santa
María del Pizarro y su tutora
Ma José Nuñez Morán.





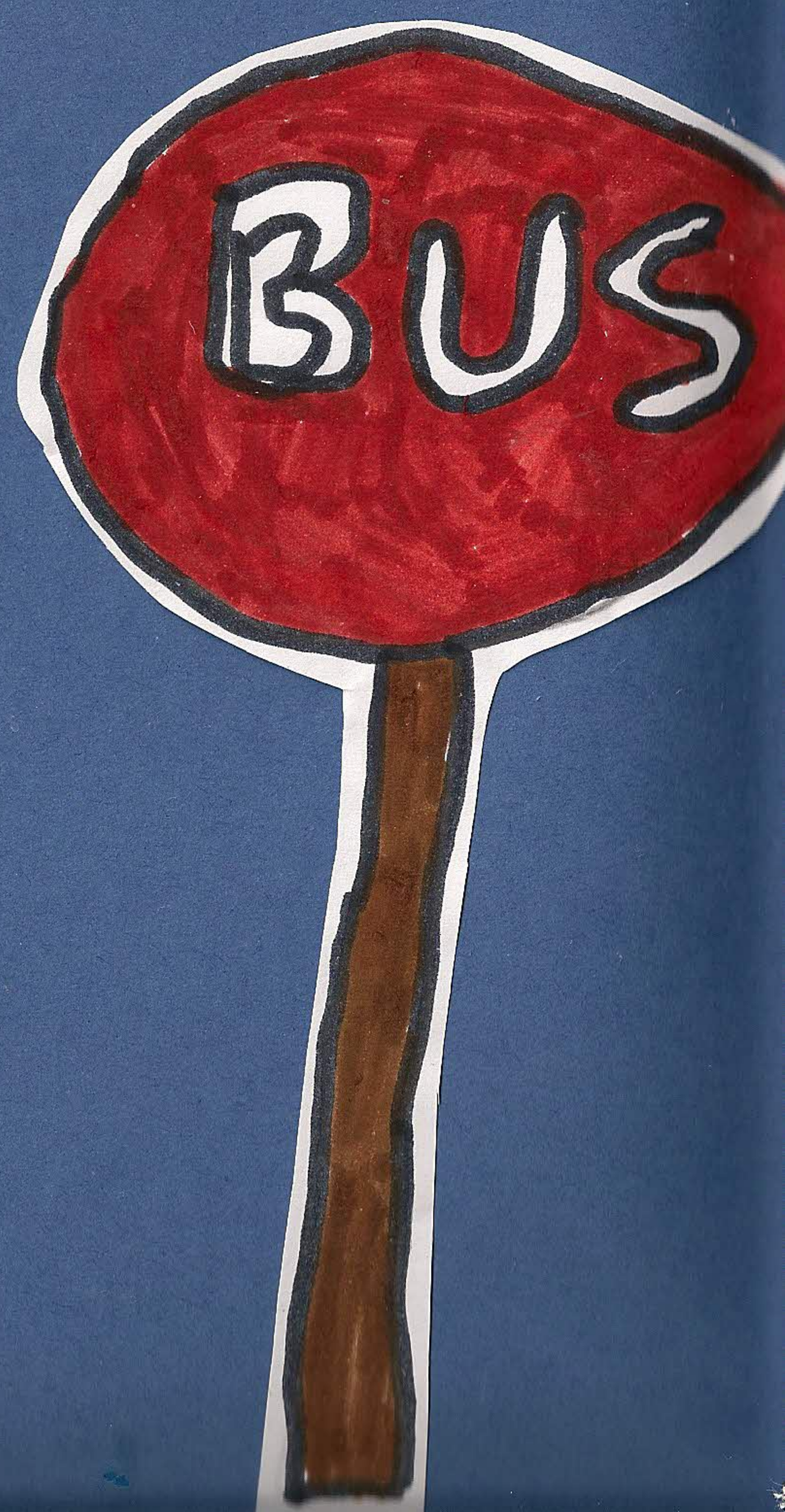
Érase una vez una niña que se llamaba Leo, pero a pesar de su nombre no le gustaba leer. Bueno, ni leer ni estudiar por eso eso siempre deseaba con todas sus fuerzas que desaparecieran los libros.

Aquella mañana, como otras tantas, el despertador sonó y Leo se levantó para ir al cole.



Después de desayunar, lavarse la cara y los dientes y vestirse fue a coger su mochila pero se dio cuenta de que algo pasaba. La mochila pesaba poco. La mochila estaba vacía.

Se dirigió a la parada del autobús y allí se montó en él.
Todo parecía normal, así que Leo se olvidó de lo que había ocurrido con los libros

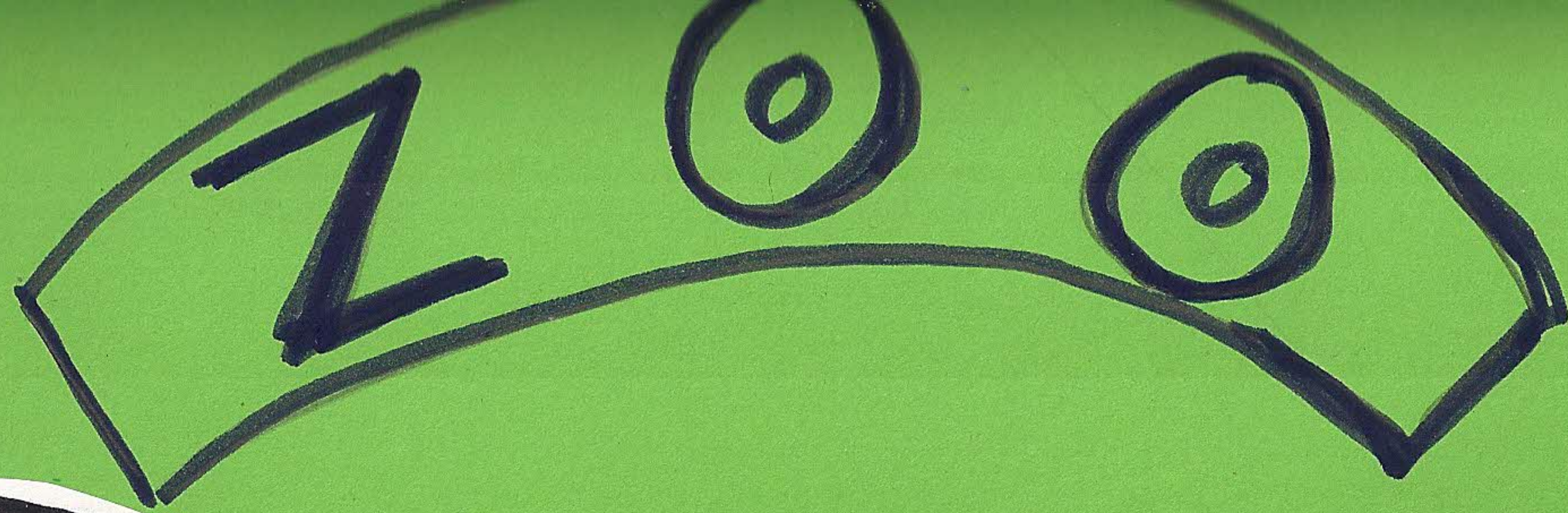


Cuando llegó a su clase se sentó en su sitio y empezó a mirar a un lado y a otro a los compañeros que tenía alrededor. Todos tenían libros menos ella.



Durante aquella mañana Leo se aburría mucho, ya que mientras los demás niños aprendían y trabajaban ella no tenía nada que hacer. Al principio se hacía mucha gracia y hasta se reía de sus compañeros y les hacía burla. Pero al rato

empezó a pensar que aquello no era muy normal. Y así sucedió en los siguientes días en que Leo seguía sin tener libros.

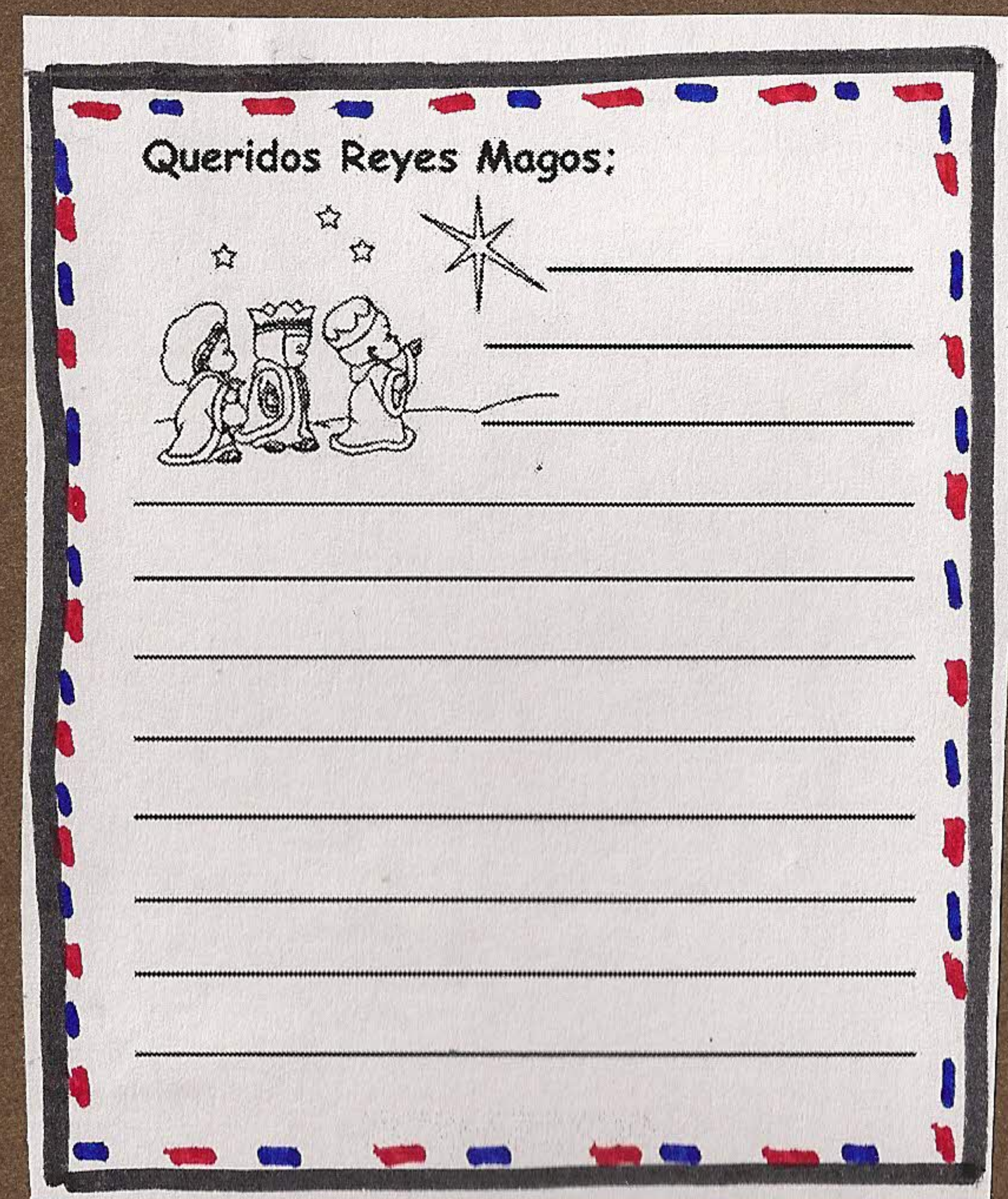


A los pocos días
llegó EL GRAN DÍA.
Todos los niños iban de excursión
al zoo. Leo estaba emocionada ya que
llevaba mucho tiempo esperando ese
momento. Pero cuando llegaron Leo comprobó
que sólo conocía el nombre de algunos animales
y sus compañeros se los sabían todos. ¡Claro!
pensó, en esos días anteriores en clase habían
estado estudiando los animales que iban a ver
en el zoo y ella había estado sin libros.
Lo peor de todo fue que... ¡ni siquiera
podía leer sus nombres en los paneles
de información! Se le había
olvidado hasta leer.





Leo llegó
muy tris-
te a su
casa. No
tenía ga-
nas de comer, ni de
jugar con su gato,
ni de pintar
en su
cuaderno.



Su
mamá
que la vio
tan triste le
propuso escribir
la carta a los Reyes Magos que ya se acercaba la fecha.
Rápidamente Leo buscó una hoja y un lápiz pero...
¡Oh, no! ¡Tampoco sabía escribir!
Sus manos no sabían
que movimientos hacer para
escribir las letras. ¡Aquello
sí que
auténtica era una
tragedia!

De repente, noté algo cálido en la mejilla y una voz lejana que decía:
¡Leo, Leo, despierta! Era mamá que le daba los buenos días con un beso.

¡Uf! Sólo ha sido un sueño, bueno

una pesadilla,

dijo Leo.

Lo primero que
hizo al abrir los
ojos fue dar un abra-
zo fuerte a su ma-
má y agradecerla
que le hubiera
puesto ese nombre.
tan bonito. LEO.





A partir de aquel día los libros se convirtieron en los mejores amigos de Leo.

Y lució con orgullo su nombre en el carnet de la biblioteca

FIN